

no; no trató de sincerar su conducta, ni disculpar sus motivos, declarando que era servidor del trono, y que había empleado todas sus fuerzas para derribar la república; manifestando mucha dignidad é indiferencia. Conducido al suplicio en medio de un inmenso gentío que no era bastante generoso para perdonarle los males de la guerra civil, conservó toda su serenidad. Iba cubierto de sangre: había perdido tres dedos en el último combate y llevaba el brazo en cabestrillo y la cabeza cubierta con un pañuelo. No quiso que le vendasen los ojos ni ponerse de rodillas; permaneciendo de pie, extendió el brazo herido, y dando él mismo la señal, cayó muerto en el acto: era el 9 germinal (29 de marzo). Así acabó aquel hombre célebre, cuyo valor causó tantos males á su país y que mereció haber brillado en otra carrera. Comprometido por la última tentativa de desembarco que hizo en las costas, no quiso retroceder y murió desesperado. Se dice que manifestó un vivo resentimiento contra los príncipes á quienes había servido y de los cuales se consideraba como abandonado.

La muerte de Charette causó tanta alegría como la mayor victoria contra los austriacos. Ella decidió el fin de la guerra civil, y Hoche, penetrado de que nada más tenía que hacer en la Vendée, retiró el grueso de sus tropas para llevarlas al otro lado del Loira y desarmar la Bretaña.

Dejó, sin embargo, suficientes fuerzas para reprimir las tropas aisladas que se siguen por lo común á las guerras civiles y para acabar de desarmar el territorio. Antes de pasar á Bretaña tuvo que sofocar una rebelión que estalló en las cercanías de Anjou, hacia el Berry, lo cual le ocupó algunos días, dirigiéndose después con veinte mil hombres á Bretaña, que consecuente á su plan, rodeó con un ancho cordón desde el Loira hasta Granville. No era posible que los infelices chuanes pudieran sostener tan grande y bien meditado esfuerzo; y el primero que pidió someterse fué Scepeaux, entre el Vilaine y el Loira, entregando considerable número de armas. Pero á medida que se veían impelidos hacia el

Océano, se defendían con más obstinación los chuanes, pues privados de municiones se batían cuerpo á cuerpo, á puñaladas y bayonetazos, hasta que por fin se les arrinconó hacia el mar. Rindió las armas el Morbihán, que hacía mucho tiempo se había separado de Puisaye, siguiendo este ejemplo unas tras otras las restantes divisiones. En breve quedó sometida también toda la Bretaña, y Hoche no tuvo que hacer más que distribuir sus cien mil hombres en una multitud de acantonamientos para vigilar el país y hacerles vivir más cómodamente.

El trabajo que aún le quedaba consistía en cuidados de administración y policía, necesitando aún algunos meses de gobierno templado y hábil para calmar los odios y restablecer la paz. A pesar de los furiosos gritos de todos los partidos, Hoche era temido, querido, respetado en el país, y los realistas empezaban á perdonar á una república tan dignamente representada. El clero especialmente, cuya confianza supo captarse, le miraba con el mayor aprecio, y le instruía con exactitud de cuanto le interesaba saber: todo presagiaba la paz y el término de horribles calamidades. La Inglaterra no podía contar ya con las provincias occidentales para atacar la república en su mismo seno; veía por el contrario en este país cien mil hombres, de los cuales cincuenta mil eran disponibles y podían emplearse en alguna empresa fatal para ella. En efecto, meditaba Hoche un gran proyecto cuya ejecución reservaba para mediados de la primavera, y sumamente satisfecho el gobierno de los servicios que acababa de prestar, y queriendo indemnizarle de la penosa empresa que había sabido llevar á cabo, hizo que se le declarase á él y á los ejércitos que habían conseguido tan grandes victorias beneméritos de la patria.

De esta suerte quedó pacificada la Vendée en el mes de germinal, antes que ninguno de los ejércitos hubiera entrado en campaña, pudiendo el Directorio entregarse sin inquietud á sus grandes operaciones y aun obtener útiles refuerzos de las costas del Océano.

CAPÍTULO III

Campaña de 1796. — Conquista del Piamonte y de Lombardía por el general Bonaparte. — Batallas de Montenotte y Millesimo. — Paso del puente de Lodi. — Establecimiento y política de los franceses en Italia. — Operaciones militares en el Norte. — Paso del Rhin por los generales Jourdan y Moreau. — Batallas de Radstadt y de Ettlingen. — El ejército de Italia toma posiciones sobre el Adige y el Danubio.

Iba á comenzar la quinta campaña de la libertad, y debía inaugurarse en los más magníficos teatros militares de Europa, en los más variados por sus obstáculos, sus accidentes y sus líneas de defensa ó ataque. Eran, por una parte, el gran valle del Rhin y los dos transversales del Mein y del Nécker, y por la otra los Alpes, el Po y la Lombardía. Los ejércitos que debían entrar en línea eran los más aguerridos que jamás se hubieran visto sobre las armas, y también bastante numerosos para ocupar el terreno en que debían operar, mas no para inutilizar las combinaciones y reducir la guerra á una simple invasión. Mandábanlos generales jóvenes, libres de toda rutina, de toda tradición, pero instruídos y entusiasmados por grandes acontecimientos. Todo contribuía, pues, para que la lucha fuese tenaz, variada, fecunda en combinaciones y digna de la atención de los hombres.

El proyecto del gobierno francés, según se ha visto, era invadir la Alemania para mantener á sus ejércitos en país enemigo, separar á los príncipes del Imperio, atacar á Maguncia y amenazar los Estados hereditarios. Al mismo tiempo trataba de acometer una tentativa audaz en Italia, para sostener sus ejércitos y arrebatar al Austria este rico país.

Se había confiado en el Rhin el mando de dos brillantes ejércitos de setenta á ochenta mil hombres á dos generales célebres, y otros treinta mil soldados hambrientos se habían puesto bajo la dirección de un joven desconocido, pero osado, para probar fortuna al otro lado de los Alpes.

Llegó Bonaparte al cuartel general de Niza el 6 germinal, año iv (26 de marzo). Todo lo halló en el más deplorable estado. Las tropas estaban reducidas á la última miseria; sin vestidos, zapatos, pagas y hasta sin víveres, sufrían sin embargo sus privaciones con ánimo extraordinario. Gracias al industrioso ingenio que caracteriza al soldado francés, habían organizado el merodeo, y bajaban alternativamente y por turno á los campos del Piamonte para procurarse víveres. La artillería carecía absolutamente de caballos, y para ir manteniendo los de la caballería les habían llevado á retaguardia, á las orillas del Ródano.

Por causa de las turbulencias no se habían sacado aún del Mediodía el caballo de cada treinta y el empréstito forzoso. Bonaparte recibió por único recurso dos mil luses en metálico y un millón en letras, parte de las cuales fueron protestadas.

Para suplir á todo lo que hacía falta y lograr algunos recursos, se negociaba con el gobierno genovés, y no habiéndose recibido aún satisfacción por el atentado cometido contra la fragata *Modesta*, se pedía al Senado de Génova en reparación de esta violación de neutralidad que consintiese en el empréstito y entregase á los franceses la fortaleza de Gavi, que domina el camino de Génova á Milán. También se exigía el indulto de las familias genovesas expulsadas por su adhesión á Francia. Tal era la situación del ejército cuando llegó el general Bonaparte.

Respecto á los hombres presentaba muy diferente aspecto, porque la mayor parte eran soldados que entraron en el ejército cuando la leva general, instruídos, jóvenes, acostumbrados á las privaciones y aguerridos en los gigantescos combates de los Alpes y los Pirineos. Los generales tenían las cualidades de los soldados. Los principales eran Massena; el joven Nissard, de inculto genio, pero exacto y despejado en medio de los peligros, y de una tenacidad indomable; Augereau, antiguo maestro de esgrima, que por su mucho valor y habilidad para conducir á los soldados había llegado á los grados más distinguidos; Laharpe, suizo expatriado que tenía instrucción y denuedo; Serrurier, antiguo mayor, metódico y valiente, y por último Berthier, cuya actividad y exactitud en todas las circunstancias, sus conocimientos geográficos y su facilidad en conocer á simple vista la extensión de un terreno ó la fuerza numérica de una columna, le hacían sumamente á propósito para ser jefe de estado mayor extraordinariamente útil.

Tenía aquel ejército sus depósitos en la Provenza, hallándose situado á lo largo de la cordillera de los Alpes, unido por su izquierda con el de Kéllermann, guardando el collado de Tenda, y extendiéndose hacia el Apenino. La fuerza activa ascendía cuando más á treinta y seis mil hombres. La división de Serrurier estaba en Garesio, al otro lado del Apenino, para vigilar á los piamonteses en sus atrincheramientos de Ceva, y las divisiones Augereau, Massena y Laharpe, que formaban un total de cerca de treinta mil hombres, se hallaban á esta parte del Apenino.

Los piamonteses, en número de veinte á veintidós mil, á las órdenes de Colli, acampaban en Ceva á la falda de los montes, y los austriacos, en número de treinta y seis ó treinta y ocho mil, se adelantaban por los caminos de la Lombardía hacia Génova. Beaulieu,

que los mandaba, se había hecho notable en los Países Bajos, pues era un hombre de avanzada edad con todo el fervor de un joven. Así, pues, el enemigo podía oponer cerca de sesenta mil soldados á los treinta mil de Bonaparte; pero los austriacos y piemonteses no estaban muy acordes. Según el antiguo plan, Colli quería cubrir el Piemonte, y Beaulieu mantenerse en comunicación con Génova y los ingleses.

Tal era la fuerza respectiva de ambas partes, y aunque Bonaparte se había dado ya á conocer en el ejército de Italia, se le consideraba muy joven para mandarle, á lo que se agregaba el ser de pequeña estatura, delgado, sin más cosa notable que sus facciones romanas y su fija y penetrante mirada, sin que en substancia hubiese en su persona ni en su vida cosa que infundiese respeto. Le recibieron con alguna frialdad, y Massena estaba ya enemistado con él, porque en 1794 se ganó la confianza de Dumerbion.

Bonaparte habló al ejército en estas enérgicas palabras:

«Soldados, estáis mal alimentados y casi desnudos; el gobierno os debe mucho, pero nada puede hacer por vosotros. Vuestra paciencia y vuestro denuedo os honran, pero no os dan utilidad ni gloria. Yo os voy á conducir á las llanuras más fértiles del mundo, donde encontraréis ciudades populosas y provincias ricas, honor, gloria y recursos. Soldados de Italia, ¿os faltará el valor?»

El ejército acogió con placer este lenguaje: los jóvenes generales que esperaban hacer fortuna y los soldados pobres y aventureros no querían más que ver los hermosos países que se les anunciaba. Bonaparte hizo un convenio con un asentista y facilitó á sus soldados parte del prest que se les debía, distribuyendo á cada general cuatro luises en oro, lo que prueba cuál era entonces el estado de las fortunas.

El plan que debía seguirse era el mismo que se había adoptado el año anterior en la batalla de Loano. Penetrar en el collado más bajo del Apenino, y separar á los piemonteses de los austriacos, apoyándose fuertemente en el centro: tal fué la sencilla idea que concibió Bonaparte á la vista del terreno.

Empezaba las operaciones tan temprano, que tenía esperanza de sorprender y derrotar á los enemigos; sin embargo, no pudo lograrlo, pues antes que llegase se había mandado al general Cervoni dirigirse sobre Voltri, muy cerca de Génova, para intimidar al senado de esta ciudad y obligarle á consentir en lo que quería el Directorio. Beaulieu, temiendo el resultado de este paso, se apresuró á entrar en acción conduciendo su ejército hacia Génova, parte en una vertiente del Apenino y parte en otra. Podía, pues, realizarse el plan de Bonaparte menos en la sorpresa de los austriacos; desde las faldas del Apenino conducían varios caminos hacia su vertiente marítima: en primer lugar la que va por la Bocchetta á Génova, y después la de Acqui y Dego, que atraviesa el Apenino por el collado de Montenotte y desemboca en la profundidad del valle de Savona. Beaulieu dejó su ala derecha en Dego, llevó su centro al mando de Argenteau al collado de Montenotte y se dirigió él mismo con su izquierda por la Bocchetta y Génova hacia Voltri, á lo largo del mar; de modo que su posición era la de Dewins en Loano. Parte del ejér-

cito austriaco se hallaba entre el Apenino y el mar; el centro, al mando de Argenteau, estaba en la misma cumbre del Apenino en el collado de Montenotte, y se unía con los piemonteses acampados en Ceva, de la otra parte de los montes.

Puestos al mismo tiempo en movimiento los dos ejércitos, se encontraron en el camino el 22 germinal (11 de abril). En las orillas del mar, Beaulieu dió con la vanguardia de la división Laharpe que se había dirigido sobre Voltri á inquietar á Génova, y la rechazó. Argenteau con el centro atravesó el collado de Montenotte, para venir á caer en Savona sobre el centro del ejército francés durante su supuesta marcha á Génova. Sólo halló en Montenotte al coronel Rampón al frente de mil doscientos hombres, obligándole á replegarse al antiguo reducto de Montelegino, que cerraba el paso de Montenotte. El valiente coronel, conociendo la importancia de esta posición, se encerró en el reducto y resistió tenazmente todos los esfuerzos de los austriacos. Tres veces fué atacado por toda la infantería enemiga y tres veces la rechazó. En medio del más horroroso fuego hizo jurar á sus soldados morir en el reducto antes que abandonarle; juráronlo aquellos valientes y permanecieron toda la noche sobre las armas. Este acto heroico salvó los planes del general Bonaparte y acaso el porvenir de la campaña.

En aquel momento se hallaba Bonaparte en Savona. No había hecho fortificar el collado de Montenotte porque nadie se fortifica cuando está decidido á tomar la ofensiva. Supo lo que había pasado en Montelegino y en Voltri, y conoció inmediatamente que había llegado el momento de poner su plan en ejecución, empezando á maniobrar por consiguiente. En la misma noche replegó su derecha, formada por la división Laharpe, á la sazón empeñada con Beaulieu en la orilla del mar, y la condujo por el camino de Montenotte al frente de Argenteau. Dirigió al mismo punto la división Augereau, para que sostuviese á la división Laharpe, y finalmente hizo marchar á la división Massena por un camino extraviado al otro lado del Apenino, de modo que pudiese colocarse á retaguardia del cuerpo de Argenteau. El 23 (12 de abril) por la mañana se hallaban en movimiento todas sus columnas, y él mismo, colocado en un elevado cerro, veía á Laharpe y Augereau marchando contra Argenteau, y á Massena, que por un rodeo caminaba hacia su retaguardia. La infantería austriaca resistió con denuedo; pero cercada en todas partes por fuerzas superiores, desordenóse y dejó dos mil prisioneros y algunos centenares de muertos, huyendo derrotada á Dego, donde se hallaba el resto del ejército.

Así, Bonaparte, á quien suponía Beaulieu la intención de desfilarse á lo largo del mar, sobre Génova, se volvió de repente, y dirigiéndose por el camino que atraviesa el Apenino, arrolló el centro enemigo y salió victorioso por más allá de los montes.

Nada era á sus ojos haber agobiado el centro si los austriacos no quedaban separados para siempre de los piemonteses. Aquel mismo día (23) se dirigió á Carcare para tomar una posición más central entre los dos ejércitos coligados. Estaba en el valle del Bormida, que corre por Italia; más abajo, delante de él, en el fondo de dicho valle, hallábanse los austriacos, quienes se habían reunido en Dego, guardando el camino de Acqui

en Lombardía; á su izquierda corrían las gargantas de Millesimo, que se unen con el valle del Bormida, y las cuales ocupaban los piemonteses, vigilando el camino de Ceva y del Piemonte. Era, pues, preciso hacerlo todo á la vez; forzar el paso de las gargantas de Millesimo por la izquierda para hacerse dueño del camino del Piemonte, y apoderarse por el frente de Dego, para dejar expedito el camino de Acqui y de Lombardía. Una vez dueño de los dos, separaba para siempre á los coligados, y podía caer á su antojo sobre unos ú otros.

En la mañana del día siguiente 24 (13 abril) dirige su ejército hacia adelante; Augereau ataca por la izquierda la posición de Millesimo, y las divisiones de Massena y Laharpe avanzan por el valle sobre Dego. El impetuoso Augereau ataca tan vivamente las gargantas de Millesimo que, penetrando en ellas, llega al fondo antes que el general Provera, situado en una altura, tuviera tiempo de replegarse: apostado en las ruinas del antiguo castillo de Cossaria, y viéndose cercado, quiere defenderse; pero Augereau le arrolla, intimándole que se rinda prisionero. Provera parlamenta y quiere transigir; mas como era importante no detenerse ante este obstáculo, da al punto la orden de asaltar la posición. Los piemonteses arrojan un diluvio de piedras, hacen rodar rocas enormes y destroran batallones enteros. Sin embargo, el bravo Joubert sostiene á sus soldados, franqueando la altura á su cabeza; mas al llegar á cierta distancia, cae atravesado de un balazo. Al ver esto, los soldados comienzan á replegarse, y se hace preciso acampar por la noche al pie de la altura, la cual se vigila cuidadosamente para impedir que Provera huya. Por su parte, las divisiones encargadas de operar en el fondo del valle del Bormida han marchado sobre Dego y apoderándose de los aproches. El día siguiente debe ser la jornada decisiva.

En efecto, el 25 (14 abril) el ataque se generaliza en todos los puntos. Augereau, por la izquierda en la garganta de Millesimo, rechaza todos los esfuerzos que hace Colli para librar á Provera, le bate durante todo el día, y reduce á este general á la desesperación, hasta que al fin depone las armas á la cabeza de mil quinientos hombres. Laharpe y Massena, por su parte, caen sobre Dego, donde el ejército austriaco se había reforzado el 22 y el 23 con cuerpos procedentes de Génova. El ataque es terrible: después de varios asaltos, se toma á Dego; los austriacos pierden una parte de su artillería y dejan cuatro mil prisioneros con veinticuatro oficiales.

Durante este combate, Bonaparte había fijado su atención en un joven oficial llamado Lannes, que cargaba con singular bravura, y dióle el grado de coronel en el mismo campo de batalla.

La lucha duraba hacía cuatro días y necesitábase algún reposo: los soldados no habían descansado apenas de las fatigas de la batalla, cuando el ruido de las armas resuena nuevamente. Seis mil granaderos penetran en Dego y nos toman la posición que tantos esfuerzos había costado: era uno de los cuerpos austriacos que, habiendo continuado la lucha en la vertiente marítima del Apenino, volvía á repasar los montes. El desorden era tan grande que estas fuerzas cayeron sin sospecharlo en medio del ejército francés. El intrépido Vukassovich, que mandaba aquellos seis mil granaderos, creyendo salvarse con un golpe atrevido, apoderóse de Dego, y

fué necesario comenzar de nuevo la batalla repitiendo los esfuerzos de la víspera. Bonaparte se dirige allí á galope, reúne sus columnas y las precipita sobre Dego. Los granaderos austriacos las contienen, pero vuelven á la carga, é impelidas al fin por el ayudante general Lanusse, que se adelanta poniendo su sombrero en la punta de la espada, penetran de nuevo en Dego y recobran su conquista, haciendo algunos centenares de prisioneros.

De este modo quedaba Bonaparte dueño del valle del Bormida: los austriacos huían hacia Acqui por el cami-



Joubert

no de Milán; y los piemonteses, después de perder las gargantas de Millesimo, retirábanse sobre Ceva y Mondoví. Era dueño de todos los caminos; tenía nueve mil prisioneros, y sembraba la consternación á su paso. Dirigiendo hábilmente sus fuerzas, y conduciéndolas tan pronto á Montenotte como á Millesimo y Dego, había agobiado por todas partes al enemigo, haciéndose superior á él en cada punto. Era el momento de tomar una gran determinación. El plan de Carnot le prevenía dejar á los piemonteses para correr contra los austriacos; pero Bonaparte hacía caso del ejército piemontés, y no quería dejarle á su retaguardia; comprendía por otra parte que bastaba un nuevo golpe de mano para aniquilarle, y parecióle más prudente acabar con los piemonteses.

No se aventuró, pues, en el valle del Bormida para bajar hacia el Po en seguimiento de los austriacos, sino que, tomando la izquierda, internóse en las gargantas de Millesimo y siguió el camino del Piemonte. La división Laharpe quedó sola en el campamento de San Beneditto, dominando el curso del Belbo y el del Bormi-

da y observando á los austriacos. Los soldados estaban rendidos de fatiga: habíanse batido el 22 y 23 en Montenotte, el 24 y 25 en Millesimo y Dego, perdieron y recobraron este punto el 26, sólo descansaron el 27, y el 29 avanzaban ya sobre Mondovi. En medio de estas rápidas marchas, no quedaba tiempo para hacer las distribuciones regulares; carecían de todo, y se entregaron alguna vez al saqueo. Indignado Bonaparte, castigó á los culpables con gran rigor, mostrando tanta energía para restablecer el orden, como para perseguir al enemigo. En pocos días habíase granjeado Bonaparte toda la confianza de sus tropas; los generales de división estaban subyugados; escuchábase atentamente y hasta con admiración el lenguaje lacónico y figurado del joven capitán.

En las alturas de Montezemoto, que deben franquearse para llegar á Ceva, el ejército descubrió las hermosas llanuras del Piamonte y de Italia; veíase deslizarse el Tánaro, el Po y todos esos ríos que se dirigen al Adriático; contemplaba en el fondo los grandes Alpes, y enmudeció al fijar la vista en las magníficas llanuras de la *tierra prometida*, según la expresión de Bonaparte, y este último, que iba á la cabeza de sus soldados, exclamó con entusiasmo:

«Aníbal franqueó los Alpes; nosotros los hemos franqueado.»

Esta frase explicaba la campaña para todas las inteligencias. ¡Qué porvenir se ofrecía ante nosotros!

Colli no defendió el campamento atrincherado de Ceva sino el tiempo necesario para entorpecer un poco nuestra marcha. Este excelente jefe había sabido sostener á sus soldados reanimando su valor; no tenía esperanza de batir á su temible enemigo; pero quería retirarse palmo á palmo, dando á los austriacos tiempo de ir en su auxilio por medio de una marcha separada, según le habían prometido. En su consecuencia, detúvose detrás del Cursaglia, delante de Mondovi; mientras que Serrurier, á quien se había dejado en Garesio desde el principio de la campaña para observar á Colli, iba á reunirse con el ejército, el cual pudo contar así con una división más. Colli estaba protegido por el Cursaglia, río rápido y profundo que se vierte en el Tánaro. Joubert trató de vadearle por la derecha, pero faltó poco para que se ahogara sin conseguir su objeto; por el frente, Serrurier quiso franquear el puente de San Miguel, y pudo lograrlo; pero Colli, dejándole internarse, cayó sobre él de improviso con sus mejores tropas, rechazándole hasta el puente, y le obligó á repasar el río en desorden.

La situación del ejército era difícil: á retaguardia hallábase Beaulieu reorganizándose; importaba vencer á Colli cuanto antes; y sin embargo, parecía que no sería posible tomar la posición si estaba bien defendida. Bonaparte ordenó un nuevo ataque para el día siguiente: el 2 floreal (21 de abril) se avanzaba sobre el Cursaglia, cuando se vieron los puentes abandonados: Colli no había opuesto resistencia la víspera sino para disminuir la rapidez de la marcha. Se le sorprendió después en línea en Mondovi, y Serrurier decidió la victoria por la toma del reducto principal, el de la Bicoca. Colli dejó tres mil muertos ó prisioneros y continuó retirándose.

Bonaparte llegó á Cherasco, plaza mal defendida, aunque importante por su posición en la confluencia

del Stura y del Tánaro, y fácil de armar con la artillería tomada al enemigo: en esta posición hallábase Bonaparte á veinte leguas de Savona, su punto de partida, á diez leguas de Turín y á quince de Alejandría.

En la corte de Turín reinaba la mayor confusión: el rey, que era muy tenaz, no quería ceder; los ministros de Inglaterra y Austria le asediaban con sus exhortaciones, aconsejándole que se encerrase en Turín y enviara su ejército más allá del Po, para imitar así los grandes ejemplos de sus abuelos. Atemorizábanle con la influencia revolucionaria que los franceses iban á ejercer en el Piamonte, y pedían para Beaulieu las tres plazas de Tortona, Alejandría y Valence, á fin de que pudiera encerrarse y defenderse en el triángulo que formaban en la línea del Po. Esto era lo que más repugnaba al rey del Piamonte; no podía soportar la idea de dar sus tres primeras plazas á su ambicioso vecino de Lombardía. El cardenal Costa le decidió á echarse en brazos de los franceses, haciéndole comprender la imposibilidad de resistir á un vencedor tan rápido, el peligro de irritarle por una larga resistencia é inducirle así á revolucionar el Piamonte; y todo esto para servir á una ambición extranjera y aun enemiga, cual era la de Austria. El rey cedió, y dispuso que Colli negociara con Bonaparte, habiendo llegado las proposiciones á Cherasco el 4 floreal (23 de abril).

Bonaparte no tenía poderes para firmar la paz, pero sí un armisticio, y resolvió hacerlo. Había prescindido del plan del Directorio para acabar de reducir á los piamonteses; mas no se había propuesto conquistar el Piamonte, y sí sólo asegurar su retaguardia. Para hacer esta conquista érale preciso tomar á Turín, y no tenía ni el material necesario ni fuerzas suficientes con que establecer un bloqueo, reservándose un ejército activo, prescindiendo de que la campaña se limitaría de este modo á un sitio. Entendiéndose con el Piamonte, con las necesarias garantías, podría caer sin recelo sobre los austriacos y expulsarlos de Italia. Decíase á su alrededor que no debía concederse condición alguna; que era preciso destronar á un rey pariente de los Borbones y propagar en el Piamonte la revolución francesa. En el ejército era esta la opinión de muchos soldados, oficiales y generales, y sobre todo de Augereau, que habiendo nacido en el arrabal de San Antonio abundaba en sus ideas. El joven Bonaparte no era de este parecer; comprendía la dificultad de revolucionar una monarquía, la única militar en Italia y donde las antiguas costumbres se habían conservado perfectamente. No quería crear entorpecimientos en su marcha; proponíase avanzar rápidamente en la conquista de Italia, que dependía del aniquilamiento de los austriacos y de su expulsión más allá de los Alpes; estaba resuelto á no hacer nada que pudiese complicar su situación y detener su marcha.

En su consecuencia consintió en un armisticio, pero expresando, al concederle, que en el respectivo estado de los ejércitos aquél sería funesto si no se le daban garantías seguras para proteger la retaguardia. Por lo tanto, pidió que se le entregasen las tres plazas de Cuni, Tortona y Alejandría, con todos los almacenes que contuvieran, los cuales servirían para el ejército, salvo el contar después con la república; que los caminos del Piamonte quedaran abiertos para los franceses, lo cual

abreviaría considerablemente el camino desde Francia á las orillas del Po; que se preparase un servicio de etapas en aquéllos para las tropas que los atravesaran; y, por último, que se dispersase en las plazas el ejército sardo, de modo que el francés no tuviera nada que temer. Estas condiciones fueron aceptadas, y el armisticio se firmó en Cherasco el 9 floreal (28 de abril) por el coronel Lacoste y el conde Latour.

Convínose en que los plenipotenciarios marcharían en el acto á París, para tratar de la paz definitiva; y entregáronse las tres plazas con sus inmensos almacenes. Desde aquel momento el ejército tenía su línea de operaciones prolongada por las tres plazas más fuertes del Piamonte; contaba con caminos seguros, cómodos, mucho más cortos que los que pasaban por el río de Génova, y viveres en abundancia; reforzábbase con un buen número de soldados, que al circular el rumor de la victoria, abandonaban los hospitales; poseía muchos cañones tomados en Cherasco y en las diversas plazas, así como gran número de caballos; hallábase en fin provisto de todo, y las promesas del general se cumplían.

Durante los primeros días de su entrada en el Piamonte, el ejército saqueó, porque durante sus rápidas marchas no se le hizo distribución alguna; pero mitigada el hambre, restablecióse el orden. El conde de Saint-Marsán, ministro del Piamonte, visitó á Bonaparte y supo complacerle; y el mismo hijo del rey quiso ver al joven vencedor, y prodigóle testimonios de aprecio que le conmovieron. Bonaparte les devolvió hábilmente las lisonjas recibidas, tranquilizándoles sobre las intenciones del Directorio y el peligro de las revoluciones. Era sincero en sus protestas, porque abrigaba ya una idea que dió á conocer hábilmente en sus diversas conferencias. El Piamonte había perjudicado todos sus intereses aliándose con Austria; debía unirse con Francia, que era su amiga natural, puesto que separada del Piamonte por los Alpes no podía pensar en apoderarse de él, siéndole por el contrario fácil defenderle contra la ambición de Austria, y acaso proporcionarle engrandecimientos. Bonaparte no podía suponer que el Directorio consintiese en ceder parte alguna de la Lombardía al Piamonte, porque no estaba conquistada todavía, ni se quería tampoco conquistarla sino como un equivalente de los Países Bajos; pero una vaga esperanza de engrandecimiento podía disponer al Piamonte á unirse con Francia; lo cual nos hubiera valido un refuerzo de veinte mil hombres de tropas excelentes. Bonaparte no prometió nada, pero supo excitar con algunas palabras la codicia y las esperanzas del gabinete de Turín.

Bonaparte, que unía á un espíritu positivista una gran imaginación y que era aficionado á conmover, quiso anunciar sus victorias de una manera imponente y nueva: envió á su ayudante de campo Murat para presentar solemnemente al Directorio veintiuna banderas tomadas al enemigo, y después dirigió á sus soldados la siguiente proclama:

«Soldados: habéis alcanzado en quince días seis victorias, tomando veintiuna banderas, cincuenta y cinco cañones y varias plazas fuertes, conquistando la parte más rica del Piamonte; habéis hecho quince mil prisioneros (1), muerto ó herido á más de diez mil hombres;

(1) No eran más que unos diez á once mil.

os habíais batido hasta aquí por rocas estériles, ilustradas por vuestro valor, pero inútiles para la patria; igualáis hoy por vuestros servicios al ejército de la Holanda y del Rhin. Careciendo de todo, habéis suplido á todo; habéis ganado batallas sin cañones, cruzado ríos sin puentes, realizado marchas forzadas sin zapatos, vi-vaqueado sin aguardiente y á menudo sin pan. Las falanges republicanas, los soldados de la libertad eran los únicos capaces de sufrir lo que habéis sufrido: gracias os sean dadas, soldados. La patria reconocida os deberá su prosperidad; y si, vencedores en Tolón, presagiasteis la inmortal campaña de 1793, vuestras victorias actuales presagian otra más grande todavía. Los dos ejércitos que en otro tiempo os atacaban con audacia, huyen atemorizados ante vosotros; los hombres perversos que se reían de vuestra miseria, regocijándose interiormente de los triunfos de vuestros enemigos, están ahora confundidos y temerosos. Pero, soldados, nada habéis hecho, puesto que aún os queda algo que hacer: ni Turín ni Milán son vuestros; ¡los asesinos de Basseville huellan aún las cenizas de los vencedores de Tarquino! Dícese que entre vosotros hay algunos cuyo valor se debilita, y que preferirían volver á las cimas del Apenino y de los Alpes: no, no puedo creerlo. Los vencedores de Montenotte, de Millesimo, de Dego y de Mondovi arden en deseos de extender á lo lejos la gloria del pueblo francés.»

Cuando llegaron á París sucesivamente estas noticias, estas banderas y proclamas, la alegría fué extremada: el primer día una victoria abría el Apenino, haciéndose por ella dos mil prisioneros; el segundo, un triunfo decisivo separaba á los piamonteses de los austriacos, produciendo seis mil prisioneros; y en los siguientes alcanzábanse nuevos lauros: la destrucción del ejército piamontés en Mondovi, la sumisión del Piamonte en Cherasco, y la certidumbre de una paz próxima, que presagiaba otras. La rapidez de los triunfos y el número de prisioneros excedían á todo cuanto se había visto aún. El lenguaje de estas proclamas recordaba la antigüedad, admirando á todos. Preguntábase quién era aquel joven general cuyo nombre, conocido de algunos apreciadores, é ignorado de Francia, resonaba por primera vez; aún no se sabía pronunciarle bien; y decíase con regocijo que la república veía surgir diariamente nuevos talentos para ilustrarla y defenderla. Los Consejos declararon tres veces que el ejército de Italia había merecido bien de la patria, decretando una fiesta á la Victoria para celebrar la feliz inauguración de la campaña. El ayudante de campo enviado por Bonaparte presentó las banderas al Directorio, y la ceremonia fué imponente.

Recibieronse aquel mismo día muchos embajadores extranjeros, y el gobierno pareció rodeado de una nueva consideración.

Sometido el Piamonte, el general Bonaparte no tenía otra cosa sino ir en persecución de los austriacos, corriendo á la conquista de Italia. La noticia de las victorias de los franceses había agitado profundamente á todos los pueblos de este país, y era preciso que el que iba á entrar fuese tan profundo político como gran capitán para conducirse con prudencia. Sabido es cómo se presenta Italia á la vista del que sale del Apenino: los Alpes, las más grandes montañas de nuestra Euro-